DOÑA LUZ

Rafael Castilla
Universidad de Córdoba

La novela *Doña Luz* tiene lugar en un supuesto pueblo andaluz, Villafría. Doña Luz es la hija de un marqués arruinado. Huérfana de madre desde los 2 años, al morir su padre, queda sola. Así pues, con 15 años, don Acisclo, que había sido administrador del padre y se había enriquecido a su costa, se hace cargo de la niña. Ella vivía en una especie de penitencia, con resignación, como para redimir su pecado original, el de su nacimiento y el de la vida que había llevado su padre en la Corte. Su plan era vivir y morir oscuramente en Villafría. Pasaron 12 años, y aunque tuvo varios pretendientes, ningún novio: «No se sentía inclinada al matrimonio. No amaba. Nadie mandaba en su corazón. Había tomado enérgicamente su partido y había trazado de antemano la senda de su vivir» (40). No quería «aceptar marido con el solo fin de no llegar a solterona». «Se consideraba muy pobre para su clase, y no quería ser gravosa, ni vivir a expensas de otros». Esta idea de ser un lastre para su marido, se repite a lo largo de la novela; es una idea que obsesiona a doña Luz. Además, también está muy influenciada por el qué dirán, por los rumores. Así, por ejemplo, se nos dice que «conservaba sin vender su casa solariega del lugar con sus antiguos muebles y 2 criados, puesto que pensaba que ya entrada en años nadie podía extrañar que viviese sola». Desde que cumplió 22, intentó varias veces irse a su casa, pero don Acisclo le pedía que no se fuera por la tristeza que le produciría y por el qué dirán.

Apartada de los mozos, había elegido sus amigos íntimos entre los viejos: don Miguel, cura de la parroquia; don Anselmo, el médico, hábil e instruido en su profesión además de leído. Tenía una hija, doña Manolita, de 20, muy nerviosa, alegre y bromista. Era ideal como complemento a la grave y mesurada doña Luz.

«Yo no me casaré nunca» llega a afirmar doña Luz en la novela. «La energía de amor está en mí como dormida, pero no ha muerto [...] mas me temo que sea eterno su sueño» (72).

> Casi estoy fuera de toda clase social. Mis parientes me humillarían si me fuese con ellos. Si me fuese sola me dirían todos que yo era vaca sin cencerro (Otra vez el tema del qué dirán). Pudiera ser marquesa y no lo soy ni quiero serlo, porque es ridículo el título sin las rentas convenientes. Aquí, donde todos me conocen, soy la señorita doña Luz, la marquesita que conserva aún su casa solariega, y que se ha ganado la estimación y el respeto porque nadie ignora su vida desde hace doce años. Por esos mundos sería yo una doña Luz algo misteriosa, de quien cada cual imaginaría mil horrores. [...] La verdad es que soy hija de un marqués calavera arruinado y de una tal Antonia Gutiérrez y costurera, con quien mi padre tuvo amores. Créeme: en parte alguna estoy mejor que aquí, aunque no me enamore ni me case nunca (73).

«Legalmente, soy hija de Antonia Gutiérrez, libre cuando se unió con mi padre. Más vale esto que deber la vida a un adulterio» (77).

Entretanto, llega un sobrino de don Acisclo, un misionero que había estado en Filipinas en misiones evangélicas y que llevaba 20 años fuera de Villafría y de Europa. No llegaba a los 40, pero su estado de salud era muy delicado y debía guardar reposo en su tierra natal durante algunos años. El padre Enrique fue ganándose la admiración de todos, especialmente de doña Luz, que «creíale un tesoro de santidad, un dechado de todas las virtudes y un pozo inagotable de ciencia (89). Doña Luz gustaba del trato del padre Enrique y la amistad entre ellos crecía.

En la primavera de 1861 (93), don Acisclo quiere ser hombre político (115), personaje influyente, pensando enriquecerse al repartir los impuestos recaudados. Don Acisclo presenta a su candidato como alguien ilustre, con inmenso porvenir, un héroe de la guerra de África; el brigadier de caballería don Jaime Pimentel, joven y gallardo (118). Don Acisclo venció en las elecciones, y su candidato, don Jaime Pimentel, salió diputado por una gran mayoría. Doña Manolita empezó a sospechar que el padre «estaba enamorado» (136). Sólo el sugerirle el enamoramiento del padre provocó la ira de doña Luz, que veía aquello como algo pecaminoso de cualquier tipo que fuese ese amor. Don Jaime visitaría el pueblo, y doña Manolita sugirió que quizá se enamorara de doña Luz, a lo que ésta responde: «Para él necesita una rica heredera que dé alas a su ambición, y no una señorita pobre que le encadene y le sirva de rémora y estorbo» (138). Tanto si existía amor por parte del padre como si no, doña Luz decidió evitar más situaciones que hicieran pensar en el amor entre ella y el padre Enrique. En los pocos

días que estuvo don Jaime en Villafría se mostró muy atento con doña Luz, agasajándola en todo momento.

> Yo no sé si amaría a don Jaime si él me amase; pero de seguro que no le amaría si yo fuese rica y llegase a sospechar que por hacer un negocio él me amaba. Ve ahí por qué yo no me casaré nunca. Rica yo, recelaría siempre que no me amaban por mí, y pobre, recelo que no me amen hasta el extremo de que se sacrifiquen amándome. Como no me case con algún señorito de estos lugares, para quien sólo puedo ser un partido proporcionado, en que ni él se sacrifique ni yo sea para él un dote y no una amada compañera de toda la vida, no veo novio adecuado para mí en el mundo (150-151).

Don Jaime, por medio de doña Manolita, le declara su gran amor a doña Luz que se muestra muy alegre aunque reticente y duda del amor desinteresado de don Jaime. «Si yo me casara con don Jaime, pobre como soy, ¿no podría alguien imaginar que me excitaban a este enlace el afán de salir de Villafría e ir a Madrid, la posición del novio, sus grandes esperanzas y hasta las mismas ventajas materiales de que ya goza?» (156). «Me sonrojo de pensar que pueda yo ser causa de que un hombre viva lleno de ahogos» (156). Además, amando a don Jaime se olvidaba de todo lo que hubiese podido pensar acerca del amor del padre Enrique.

«Difícil es tener nada oculto en un pueblo pequeño» (165). «Aquel caso de amor fulminante y sobre todo aquel tan improvisado consorcio dieron muchísimo que decir, comentar y murmurar». (165). Todos le recriminaban que se fuera a casar con el primer pretendiente que venía de fuera, puesto que había desdeñado a los lugareños. La decían seducida por ir a brillar a Madrid. Iba borrando de su mente cualquier recuerdo que le pudiese suponer amor o coquetería entre ella y el padre Enrique. El padre se confiesa en unos folios donde declara su gran amor por doña Luz y absuelve a ésta de cualquier culpa. Se marchó don Jaime a Madrid a preparar la vivienda para la pareja y ella quedó en Villafría. El padre Enrique se contenía de tal modo que no dejaba imaginar lo que sufría por ver a doña Luz en brazos de otro. De aguantar tantos dolores, cayó enfermo y murió. «Si el padre le hubiese inspirado otro más vivo sentimiento ella hubiera pecado contra Dios, contra el mundo, contra su honra y contra su decoro» (209). Llega un escribano amigo de su padre desde Madrid. Le cuenta toda su infancia y le anuncia que tiene una millonaria herencia. Finalmente, lee una carta

de su padre que guardaba don Acisclo. En ella, descubrió que don Jaime conocía la herencia que habría de cobrar. Pasó de amor a odio y desprecio. Él se va a Madrid y ella se queda sola en Villafría esperando un niño que ha de nacer de su vientre, que se llamará Enrique, como el misionero, no como su padre.

SOCIEDAD

Para aproximarnos a la sociedad isabelina y conocer el perfil de sus distintos grupos, el censo de 1860, fecha que aparece en la primera página de *Doña Luz*, puede ser un buen punto de partida. Tenemos al estamento eclesiástico, el clero; luego, los servidores del Estado y la Administración, que son los burócratas; después el ejército y la armada, esto es, los militares; en cuarto lugar, las profesiones liberales; a continuación las fuerzas económicamente productivas (agricultura, industria y comercio); y en sexto y último lugar los sirvientes, pobres de solemnidad, sordomudos, ciegos e imposibilitados. En algunos casos resulta muy complicado establecer límites entre lo que son las clases altas, medias y populares.

Las diferencias sociales son importantes en la época y así se refleja en el libro. Valga como ejemplo que las dos uniones que hay en el libro se hacen entre gente de la misma categoría social. Así pues, doña Manolita, hija de un médico, se casa con Pepe Güeto, hijo de un labrador, pero de un labrador rico. Y doña Luz, hija de un marqués arruinado, se casa con un militar que, si bien tenía una posición acomodada, no distaba mucho de la de doña Luz.

Doña Luz, la protagonista principal de la novela homónima, acudía a «bailes, tertulias y otras fiestas que en el lugar se daban». Esto sólo es dado para alguien de su condición social alta, si bien ni siquiera quiso comprar su título –lo compraría cuando se casó– por parecerle ridículo ser marquesa con tan poco dinero.

Don Acisclo, labrador y ganadero que se hace rico; se convierte en un latifundista. Salvo en Asturias, País Vasco y Cataluña, la riqueza burguesa no proviene del sector secundario, sino de la propiedad de la tierra. Se mete a político. Si bien es cierto que no tiene ninguna cualidad de las que se presuponen en un político, empezando por la ideología y la preparación intelectual, que generalmente era Derecho. Este grupo es considerado uno de

los que forman el estrato superior, junto con militares, nobles, eclesiásticos y burguesía. Si un rasgo definitorio de la clase política de la era isabelina es la contradicción entre principios e intereses, esto no le ocurre a don Acisclo, pues no tiene principios sino sólo el único interés de enriquecerse.

Tenía retratos de toda su familia al óleo, a tamaño natural y casi de cuerpo entero (43). Este detalle que relata el narrador lo caracteriza como un nuevo rico, se puede decir que es algo hortera y de mal gusto. Asimismo, los gastos que don Acisclo tenía por la imagen de Semana Santa que guardaba durante todo el año y luego preparaba, eran elevados: flores, comida, velas, «túnica de rica seda morada que había costado un dineral» (46). «En cualquier día y a cualquier hora, se mostraba en todo que don Acisclo era espléndido y acaudalado».

En el reinado de Isabel II (1833-1868) los militares tenían una gran importancia en la vida política y social de España; fue una época de caudillismo militar. En la novela que tratamos aparece como personaje de la milicia don Jaime, que se casa con doña Luz. Para comprender la consideración social que tienen basta pensar que doña Luz en ningún momento lo ve como un marido indigno por su estatus social. Esto se debe a que era un rango elevado dentro del ejército, era un oficial. En esta época los hidalgos que han perdido su condición de privilegiados con el Estado liberal encuentran en el ejército una salida satisfactoria para sus hijos varones. El ascenso a puestos superiores comportaba en numerosos casos, la adquisición de un título nobiliario.

El conde, el marqués o el duque, independientemente del poder político o económico que posean, tienen un gran prestigio entre las clases medias tradicionales y las clases populares no proletarias.

El mundo de la Corte, que se menciona también en el libro, no aparece como centro de discusión y decisión política, sino como punto de encuentro de fiestas, bailes y galanteos aristocráticos. Así, vemos al marqués de Villafría, cómo se arruina por estar en Madrid, lo que llamaríamos «viviendo la buena vida».

La sociedad de esta época está experimentando un cambio de «estamental» a «clasista», si bien todavía no lo es; esto se debe a la confluencia de dos tendencias, la del Antiguo Régimen y la de la moderna Industrialización.

El cura don Anselmo, si bien pertenece a la denominada jerarquía eclesiástica, que se encuadra en el estrato superior de la sociedad, no tiene

poder ninguno, es un simple párroco de pueblo sin más ambición. Asimismo, el padre Enrique trata por todos los medios de pasar desapercibido. El régimen moderado cuenta con la influencia del clero sobre las clases medias y populares para neutralizar los posibles brotes discordantes que llevaran a un cambio en la situación social.

La clase media se trata de un grupo de fronteras imprecisa, por estar entre los otros dos grupos. A mediados del XIX esta clase sólo constituía una minúscula parte de la población española. La inmensa mayoría eran campesinos, artesanos y cada vez más obreros industriales, con un bajísimo nivel cultural y económico. En este nivel, cuando hay cargos por repartir, «todo el que sabe leer y escribir repugna el trabajo manual».

A mitad del XIX, a causa del desarrollo industrial y el progreso de la técnica y las ciencias naturales, se consolidarán y aumentará el prestigio de ciertas profesiones liberales, entre ellas la de médico, encarnado en *Doña Luz* por don Anselmo, hombre instruido y conocedor de su labor.

En cuanto a las clases populares, hay que decir que forman la base de la pirámide social, es cuantitativamente, con mucho, la mayor. Las capas populares rurales, que son las que aparecen en el libro –como sirvientes y trabajadores de don Acisclo–, estaban formadas principalmente por jornaleros, personas de servicio doméstico (que crece en exceso), arrendatarios y pequeños propietarios. El mundo campesino experimentará una transformación social como consecuencia de la disolución del régimen señorial, y de los efectos de las distintas desamortizaciones. No obstante, no logran alterar sustancialmente la estructura de la propiedad.

RELIGIÓN

Una característica muy importante de las clases medias tradicionales es la adaptación que hacen del cristianismo. Los valores que destacan son la honradez, entendiéndose por tal laboriosidad y respeto a la propiedad ajena en los hombres, y en las mujeres, como una perfecta limpieza de costumbres y una orientación exclusivamente doméstica. Aparte de esta honradez, hacen lo posible por mantener la tranquilidad y el orden público. En *Doña* Luz, por ejemplo, vemos que sobre don Acisclo se nos dice que era tenido por «sujeto muy cabal, [...] devoto de María Santísima y temeroso de Dios» (29), esto es, piadoso. Por supuesto, la Iglesia también llega a las

clases altas. Así, sobre doña Luz se asegura que «era creyente y espiritualista con su poco de misticismo», y que «su humilde y cristiana resignación era grande». Además, en diversos pasajes de la novela se hace referencia a que doña Luz va a misa y se confiesa regularmente.

VIDA FAMILIAR

El ideal de la pequeña burguesía se basa en la seguridad: seguridad en el hogar; seguridad en el estatus social, en un culto a las apariencias, practicado muchas veces a rajatabla y realizando sacrificios.

El orden, la economía, el ahorro, constituyen las normas de vida de este grupo social, y son las virtudes que se inculcan a las mujeres desde la infancia, pues serán las encargadas de velar por la administración de la vida familiar. Así, a falta de su mujer para que lo hiciera, don Acisclo tenía a otra mujer: «Quien lo gobernaba todo, la verdadera directora y ama de llaves, era la señora Petra, de edad de 50 años muy cumplidos. Ella entendía el gasto diario, vigilaba la cocina y tenía las llaves de la despensa, de la repostería, de las bodegas de vino, aceite».

EDUCACIÓN

En toda la literatura normativa se parte de la idea de la diferencia entre los sexos, han de recibir una educación diferente porque sus comportamientos se busca que sean también distintos. Se insiste en que no es ningún sexo mejor que el otro, simplemente distinto.

El amor, principal en las mujeres, les hace comportarse con mayor ternura. Deben predominar en la mujer la dulzura y la resignación. Propio del varón es la gloria, el prestigio, mientras que a las mujeres les corresponde consolar, aconsejar. El matrimonio se ve como el mejor medio para realizar su función.

En cuanto a la educación que deben recibir las mujeres, se opta por algo de instrucción, pero sobre todo educación moral. Esto contrasta con la educación que recibió doña Luz, la cual «había sido educada por una aya inglesa, hablaba inglés y francés con perfección y estaba muy instruida».

«Madrugadora, activa, acostumbrada a dar largos paseos y a estar en casa empleada en algo útil» (38). Esto encaja perfectamente en el ideal

de mujer de su hogar, laboriosa y nada ociosa, si bien hay que ponerlo en duda ya que tenía varios sirvientes a sus órdenes tanto para limpiar como para cocinar.

Para terminar, quiero concluir con una cita de lo que era, en resumen, la educación de la mujer y que, gracias a Dios, ha cambiado: «La instrucción de la mujer debe estar reducida únicamente a sentir, a amar a su esposo y a sus hijos y a saber educar a sus hijas para que sean lo que ellas deben ser: buenas esposas y buenas madres».